hombres como entre los brutos, á los débiles y desamparados, considerados como especies inferiores llamadas á desaparecer. El hombre de la patria tiene que ser uno de esos condenados, en el concepto de los que sólo creen en el resultado material é inmediato del esfuerzo humano. Según esa doctrina, que es una regresión al paganismo, la caridad, y el amor al hombre por amor á Dios, debe ser sustituída por la filantropía, que es el amor al hombre por el hombre mismo ó por la humanidad, es decir, una simple forma del egoísmo. Nosotros, señores, que proclamamos el amor del hombre por amor de Dios, proclamamos, como base de la virtud cristiana del patriotismo, nó la falta de amor, y menos el odio, hacia los hombres de otras regiones, pero sí el amor de predilección hacia el hombre que Dios ha puesto á nuestro lado, hacia aquel que, con nosotros, forma la comunidad de hombres que constituye la patria, y comparte con nosotros el amor á los recuerdos, á las tradiciones, á la tierra, á las glorias que nos son comunes, y forman nuestro patrimonio exclusivo.

Sí, señores: nuestros principios nos imponen la predilección hacia el compatriota que habita nuestros campos.

Yo recuerdo siempre á ese hombre, señores, en su origen, en sus vicisitudes, en sus glorias impersonales é ignoradas; yo proclamo su título histórico á nuestra gratitud, á nuestra predilección, á nuestro sacrificio, é incorporo el de esa deuda nacional á nuestro programa. Hablo de su título *histórico*, señores, es decir, del que puede exhibir una clase de hombres en una sociedad, sin ser el que procede del trabajo individual, ó de la utilidad actual apreciable por la simple ley de la oferta y la demanda.

Yo recuerdo aquella época de formación de la patria, en que Artigas, el viejo sembrador, amasaba nuestra nacionalidad con el limo de nuestra tierra, para inocularle el soplo de la libertad, germen de la futura independencia. Allí, como en su crisol sostenido por un forjador hercúleo, hervían las últimas gotas de sangre del charrúa, y se perdían en la generosa sangre española predominante, para formar nuestro tipo popular.

Entonces veo brotar de aquel crisol á nuestro gaucho, libre, altivo, con sus grandes ojos negros llenos de melancolía, con su melena al viento del desierto y su potro á la carrera; tiene el beso de la gloria en la frente, y con ella descubierta y levantada, atraviesa nuestras lomas en busca del campo de batalla, cantando á media voz, al compás del galope de su caballo, una fiera canción de guerra, ó una triste cantinela de amor.

Fué el primer trovador errante de nuestros patrios desiertos; sonaban sus *tristes* al compás de la guitarra en los fogones del vivac, y en ellos exhalaba la patria sus anhelos balbucientes de libertad; y ese hombre luchaba, y moría, y nos legaba una patria sin legarnos siquiera su nombre, y sin pedirnos un pedazo de pan para los hijos desvalidos que habían quedado en su rancho abandonado, ó habían nacido en la carreta que seguía al ejército heroico en sus marchas incesantes.

Ese hombre existe aún, señores, y constituye nuestro pueblo. Si nosotros tenemos glorias, suyas son esas glorias; y si él tiene vicios tradicionales, nuestros son esos vicios. Lejos de pensar en arrojarlo después de haberlo exprimido, como se arroja una corteza, estamos en el deber de corregirlo con tesón cristiano, de incorporarlo á todo trance al movimiento del progreso, y de hacerlo el más apto entre todos los habitantes de la república para la vida social.

Los principios religiosos nos imponen vínculos especiales con el compatriota, porque nos los imponen para con la patria.

¡Qué misteriosa sugestión he visto yo siempre, señores, en aquella firme predilección con que Jesucristo miraba á Jerusalén, metrópoli entonces de Judea, patria del Hombre-Dios!

El patriotismo es una virtud esencialmente religiosa; se ama á la patria, porque Dios lo quiere, porque es ley natural, es decir, ley grabada por el Creador en el alma de la criatura inteligente y libre, y que ésta puede leer en su propia naturaleza á la luz de la razón.

Por eso el ansia de *solos* progresos materiales, que es la negación de religión, extingue paulatinamente el patriotismo; de ahí que el olvido de los altos objetivos puramente morales traiga aparejado un enfriamiento inmediato del sentimiento patrio, en cuya formación tienen que entrar, como elemento esencial, el desinterés, la abnegación, el amor; de ahí que la tendencia á hacer del hombre una máquina, que será tanto mejor y más preferible cuanto más produzca, lleve á los pueblos al enervamiento, al olvido de sus tradiciones y de sus glorias, y los conduzca, por fin, á la pérdida de su propia personalidad, es decir, á la muerte.

Ahora bien, señores: salid de nuestra capital; atravesad nuestros campos solitarios, y preguntad al habitante de nuestros ranchos, al hijo de los que nos dieron patria, si algún hombre, en cumplimiento del programa de su partido político, se ha acercado á él alguna vez sin más propósito que el de ayudarlo á elevar su nivel moral y social, para hablarle de Dios, de virtudes privadas ó domésticas, de principios cristianos, de orden, de civilización.

Ese hombre os contestará que, si algún propagandista político se ha acercado á él, sólo ha sido para inocularle ó ratificarle pasiones ó tradiciones instintivas, para pedirle su sangre, para estimular sus instintos de guerra en favor de su partido, para empujarlo por fin á la lucha, en que han revivido todos sus malos instintos cada vez que han comenzado á amortiguarse, y para olvidarlo después ó sustituirlo en el trabajo por el hombre venido de otras tierras, á pretexto de que es mejor, porque es más dócil, más laborioso, más obediente. Ese hombre de nuestro rancho os contestará, señores, que, si alguna vez ha oído en su vida el nombre de Dios ó el de Jesucristo, y escuchado palabras de paz, de mansedumbre, de perdón de las injurias, de amor á la virtud y odio al vicio, de sumisión

á las leyes divinas y humanas, esas palabras le han sido dichas, nó por los políticos que se llaman sus amigos, sino por algún Jacinto Vera que ha pasado por aquellos campos, ó por algún desconocido misionero que ha cruzado aquellas soledades en busca de almas que salvar, de pobres que evangelizar, de hombres que ennoblecer, de familias que legitimar ante Dios y ante los hombres. Y en esa obra de civilización, señores, lejos de contar el misionero con el apoyo de todos esos políticos que se dicen amigos del pueblo, ¡ cuántas veces tiene que luchar con la hostilidad, con el odio, con la injuria de gran parte de ellos !

Sólo, pues, el espíritu católico, como el espíritu de Dios que flotaba sobre las aguas del caos, pasa por sobre las almas de nuestro pueblo, derramando sobre ellas palabras germinadoras. Y sólo ese espíritu, señores, penetra hasta la raíz de las acciones humanas, pues sólo él influye en la conciencia del hombre, la rectifica, la ilumina, la levanta, la constituye en sanción eficaz de nuestros actos. Nosotros somos ese espíritu en la vida cívica de nuestro país: somos la fe cristiana colocada como base de todo progreso ; somos el progreso moral antepuesto al simple progreso material ; somos la fe en la palabra de Cristo, según la cual el pueblo, lo mismo que el hombre, que busca el reino de Dios y su justicia, obtendrá por añadidura todo lo demás: bienestar material, progreso institucional, paz fecunda ; somos pues, esa paz que se busca para trabajar á su sombra por los intereses de la patria.

¿ No será bastante, señores, un programa como ese, para exigir de nosotros todas nuestras energías de ciudadanos, sin exclusiones ni regateos ?

Estas ligeras consideraciones no son un programa ciertamente, señores ; pero acaso pueden ser el esbozo ó los fragmentos del que debe regular nuestra acción de ciudadanos católicos, y darnos un carácter.

Ese es nuestro rumbo cuando menos ; esos los propósitos que deben abrigar los representantes católicos ; esa la razón por la cual yo he reclamado y reclamo y reclamaré ese título, y sólo ese título.

Para realizar tales propósitos, de nada sirven los puestos elevados, si el que los ocupa no cuenta con el apoyo popular y social.

Por eso vosotros, señores miembros del *Club Católico*, debéis trabajar sin cesar porque vuestra organización no languidezca, y porque vuestra influencia se haga sentir á todo trance en todas las manifestaciones de nuestra vida social y también cívica. No esperéis de nuevo, señores, á ser brutalmente agredidos en vuestros derechos, para organizar vuestra defensa ; no esperéis á ver de nuevo dictadas leyes de opresión por hombres designados por la tiranía, perseguidas y expulsadas vuestras comunidades religiosas, amordazada la cátedra sagrada. No esperéis nada de eso para recordar que también vosotros sois ciudadanos, que sois el derecho, y que podéis ser la fuerza, con sólo buscar la unión en el seno de los principios fundamentales que os son comunes, y que deben

hablar más alto en vuestras almas católicas que las tradiciones ó intereses de otro orden que pudieran dividiros ó dispersaros. No confiéis, señores, para la defensa de nuestra causa, en más recursos que en ese: en la unión, en la organización, en la disciplina de los católicos. Ya habéis palpado, señores, el resultado de los otros recursos: sacrificio estéril ; confirmación de los actos de la tiranía contra nosotros, por muchos de los que con nosotros decían combatirla.

También tenemos necesidad de vuestro precioso concurso, señoras.

Acaso alguna vez se ha procurado desdeñar el apoyo que vosotras prestáis irresistiblemente á la gran causa religiosa y social en nuestra patria ; pero, ó mucho me equivoco, ó eso ha sido precisamente porque se le cree muy poderoso.

Si la naturaleza de vuestra misión sobre la tierra no os da derechos políticos, tenéis en cambio derechos sociales; si no hacéis las leyes, hacéis las costumbres, que las leyes no pueden menos de respetar ; si la constitución no os da la facultad de elegir á los ciudadanos para los cargos públicos, Dios os ha dado la excelsa facultad de formarlos, de inocularles el sér de vuestro sér, y, lo que es más grande y más sutil, el perfume cristiano de vuestras almas.

Es cierto, señoras, que vosotras no vais al campo de batalla; pero... ¡ el campo de batalla !

¡ Qué tristes y precarias son las esperanzas que en él se cifran ! ¡ Qué distintas de las que se basan en el fiel desempeño de nuestra misión moral sobre la tierra, señoras, en el cumplimiento estricto de nuestro deber, en la firme confianza puesta en los principios conservadores católicos que son claros y precisos !

Un recuerdo me asalta en estos momentos, y me felicito de ello, porque sin él hubiera quedado trunco el pensamiento que preside mis palabras.

Hubo un momento, no muy remoto, en nuestro país, en que todo parecía derrumbarse ; en que se dijera que todo tambaleaba: leyes, instituciones, hasta el mismo santuario. Detentadores ilegítimos de la autoridad ó del poder público hacían de este, nó un elemento de orden y de felicidad común, sino un instrumento, de origen espurio, de común desgracia. Poco hubiera sido la malversación de nuestros bienes materiales, ni la supresión de las formas institucionales, si no se hubiera atentado contra las conciencias ; no hubiera sido tanto el desconocimiento de los derechos políticos de los ciudadanos, si no se hubieran desconocido aún los civiles de los hombres ; no hubiera sido tan desesperante el atentado contra los partidos políticos y las personas físicas, si no hubiera existido el peligro de la patria misma, el de la persona colectiva que forma el estado independiente y soberano. No se trataba, pues, de las formas ó accidentes, sino de las esencias. Fuimos los católicos, á causa de nuestra altiva actitud frente al poder ilegítimo y arbitrario, el objeto preferido de sus injustos ataques ; se dictaron leyes fundamen-

tales contra nosotros, bajo la presión irresistible de un hombre; se expulsaron comunidades de caridad, con fractura de sus domicilios; se pusieron soldados al pie de las cátedras sagradas, para impedir la predicación de la verdad evangélica, y se proyectaban nuevas expulsiones y confiscaciones, que llegaron á ser inminentes, y que hubieran sido irreparables.

Vosotras recordáis perfectamente, señoras, aquellos días de angustia y desesperación de esta sociedad, que clamaba sin esperanza de ser escuchada.

En esos momentos de ira hacia la tiranía, y de casi desaliento, yo, como tantos otros, busqué el ángel de la esperanza para la patria, y creí verlo simbolizado en un arcángel armado que cruzaba ante mis ojos, y mostraba, en el campo de batalla, el sitio indispensable de las reivindicaciones heroicas. Formé entonces plena conciencia moral, y me adherí, con pasión santa y convicción plena, á la última revolución popular, no de un partido, sino del país entero, y cuyos sucesos me arrancaron los girones más preciosos de mi alma.

Bien está este recuerdo, aunque parezca lo contrario, al dirigirme especialmente á vosotras, señoras, que sois encarnación de la ternura, del amor y de la paz.

Es que yo os debía una satisfacción, y os la quiero dar; es que yo había dicho en este mismo sitio, y hoy debo ratificarlo, que el ángel de la esperanza para la patria no era un arcángel armado; yo había afirmado que él estaba en vosotras, que formáis las nuevas generaciones en el patriotismo y la virtud; que él palpitaba en vuestros corazones cristianos, sonreía en vuestro regazo, ó dormía en esas cunas que vosotras arrullábais con vuestros maternos y pensativos cantares.

Pues bien, señoras; desencantado, hoy creo lo que ayer. Hoy espero incomparablemente más de vuestra dulce y constante solicitud por inspirar á vuestros hijos el odio al mal y á la tiranía, que del esfuerzo popular por derrocarla. Vuestros desvelos son siempre hermosos y benditos de Dios; los esfuerzos populares son ¡y cuán á menudo! disipados por la Providencia, que parece repetirnos, en la práctica, lo que ya estaba escrito en el libro santo: «¡Maldito el hombre que en el hombre confía!»

Sí, señores: vamos, vamos todos juntos, cada cual en su puesto, á trabajar en paz por los intereses de la patria, dispuestos á soportar las inevitables imperfecciones de nuestra sociabilidad incipiente. No nos desalentemos por sus tropiezos y caídas; todos los pueblos han tropezado y han padecido congojas. Sólo han muerto los que se han resuelto á morir.

Ya lo veis, señores; os parecería imposible que aun quedaran energías y entusiasmos en mi espíritu marchito. Es verdad: me siento viejo, aunque sin canas y quizá sin muchos años; pero como el muerto aquel de la leyenda alemana, que creía percibir y distinguir desde su tumba el casco del caballo del emperador que pasaba sobre la tierra, yo siento, señores, cuando la voz de mi causa

eterna me llama, que llega el tiempo de arrojar mis ropas de luto, y vestir de nuevo mi antiguo uniforme de soldado. Entonces creo que es y será inextinguible mi entusiasmo, y eterna mi juventud.

Vamos, pues, señores, vamos á trabajar, con fe en nuestros principios, con esperanza en Dios, con prudencia y fortaleza de alma, vamos á trabajar en paz por los verdaderos intereses de la patria.

Cuando lo hayamos puesto todo de nuestra parte, Dios hará lo demás; pero no antes. No tenemos el derecho de pedir al Cielo que venga á suplir nuestra pereza, nuestra indiferencia ó nuestra culpable ineptitud en buscar el reino de Dios y su justicia. Si lo buscamos, estemos plenamente seguros de que todo lo demás nos será dado por añadidura: tendremos libertades públicas, progresos administrativos, prosperidades económicas, felicidad individual.

«Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Eso fué lo que dijo el Maestro; Aquél cuyas palabras, como estrellas polares habitadas por el Espíritu, rigen y regirán, mientras existan estrellas, y aun más allá, infinitamente más allá, los destinos de los hombres, y de los pueblos, y de los orbes.